

PROLOGOS PRESCINDIBLES

Juan José Saer

La violencia del silencio

por Juan DOMINGO ARGUELLES

Nadie nada nunca, Juan José Saer, México, Siglo XXI Editores, 1981.

Cuentan que Virginia Woolf anheló siempre escribir una novela donde sólo sucediera el silencio. La autora de *Orlando* murió sin ver realizado su deseo. En realidad, lo que deseaba Virginia Woolf muy en el fondo, era escribir una antinovela. Y esto, para su época estaba bastante cerca. Su ilustre compañero de viaje, James Joyce, quien también vivió como la Woolf se acercó bastante a su más hondo anhelo. De cierta manera la obra madura de la autora de *El faro* puede concebirse como uno de los aportes pioneros a la antinovela.

Todo esto ha venido a cuento porque hemos leído un libro que nos ha sorprendido: *Nadie nada nunca*, del argentino Juan José Saer, un escritor que radica en Francia desde hace tres lustros y que aunque suene a nuevo es autor de otros diez libros.

En *Nadie nada nunca* nos ha sorprendido su lenguaje efectivo para llevar hasta las últimas consecuencias narrativas un relato de más de 200 páginas en donde, prácticamente, nada sucede... aunque suceda todo.

La limpieza del lenguaje de Saer hace que el lector le siga el juego y, entonces, quien lee *Nadie nada nunca* cae en la trampa que le tiende su autor y se hace cómplice hasta lo último incondicionalmente. Así el lector tanto o más que los personajes, a lo largo del relato se esfuerza por encontrar a los asesinos de caballos que asuelan algún lugar cualquiera de Argentina, aunque también puede ser cualquier lugar de Latinoamérica —concretamente del Cono Sur.

¿De dónde vienen los asesinos de caballos? ¿Cuál es el objetivo final al liquidarlos? Además, ¿le importa mucho al autor y al lector que se maten caballos? ¿Algún fanático equívoco? Y a fin de cuentas, ¿cuándo el lector, a lo largo de todas las páginas del relato, ha comprobado que, efectivamente, han matado a algún caballo? En *Nadie nada nunca* los personajes tan sólo hablan de la muerte de caballos pero el lector jamás ve uno solo víctima

de la represión de ese asesino también invisible.

Los personajes temen; no por su vida sino por la vida de los caballos; su temor marca el relato todo y no puede preocuparles otra cosa sino eso: que la mano invisible mate caballos.

Se habla de asesinos en el relato. Asesinos supuestos porque se deja entrever al lector que, en realidad, se ha apresado o castigado a un inocente. Y aunque algún personaje se solidarice con la defensa de los caballos y diga que bien merecida tuvo la muerte el asesino, la duda persiste y persigue al lector que nunca queda convencido de que se ha castigado, precisamente, al culpable. Además, ¿cuándo el lector ve algún culpable?; en el relato los personajes hablan de él o de ellos pero el lector jamás puede mirarlos. De esta manera la duda se agiganta y conforme se va avanzando en la lectura se empieza a tener la certeza de que no ha muerto caballo alguno.

Es decir que no pasa nada (que "no hay nada, nada"... "el río liso, sin una sola arruga"... "nadie niega"... "Pero no hay ninguna razón para descartar de antemano la posibilidad de que alguien decida un buen día, sin causa aparente, agarrar un revólver y salir por el campo a matar caballos").

Y mientras, suenan "tiros aislados de revólver o de carabina y tableteos de ametralladora", el Gato y Elisa desfogon una soledad y un silencio aplastantes en un amor violento, más que con caricias con ofensas. No es un amor de sádicos, es algo más; es una relación borrosa de fanáticos; es una condición más que un deseo.

De lo único que tiene plena conciencia el lector es de que en *Nadie nada nunca* solamente sucede, a lo largo de todo el relato como un estribillo que se conjuga con otro estribillo, éste sí verbal: "No hay, al principio, nada, nada", solamente sucede, decimos, la violencia sexual de Elisa y el Gato.

Ya casi al final del texto la explicación de todo: "Los soldados, bruscos, casi amenazadores le habían ordenado volverse al colectivo. Únicamente dejaban pasar a los que vivían en el pueblo, palpándolos... Un grupo de guerrilleros había matado al Caballo Leyva esa mañana".

Nadie nada nunca es una obra plena.